

podian echársele en cara ciertos arranques de impolítica y ciertos rasgos burlones.

Entre toda esta serie de príncipes era la única que tenía pasión por la música. Madama de Genlis la enseñó á tocar el arpa, y llegó á adquirir, lo que es raro en una princesa, cierto dominio sobre el instrumento.

### CAPÍTULO III.

**H**ACIA el año de 1786, perdió madama de Genlis una de sus hijas, y como esta pérdida le ocasionase un grave dolor, el duque de Orleans discurrió consolarla mandando traer de Inglaterra una niña, á quien él y madama de Genlis amaban como á su hija: el pretexto fué dar una compañera á la princesa Adelaida que supiese hablar inglés, pero el verdadero motivo se reducía á que la niña estuviese al lado de sus padres: esta niña, á quien nunca se daba su nombre de familia, se llamaba *Herminia*, nombre que se le puso en el bautismo. El que escribe estas líneas fué casi educado por ella; fué la abuela de la desgraciada María Capeto, quien por línea transversal vino á ser sobrina del rey Luis Felipe.

Habia una cosa notable en el duque de Chartres, una cosa atestiguada por madama de Genlis, y confirmada por el mismo diario del jóven príncipe, y es que en su juventud tenía grande inclinacion á los sentimientos religiosos.

Pues bien, es preciso decirlo; las huellas de esta religion,

que derramó una dulce piedad en la entrada á la vida de los jóvenes príncipes, todos esos recuerdos consoladores que nos da la fé en Dios en los grandes infortunios, habian desaparecido del rey.

Después de haber sido piadoso y creyente desde el principio de su vida, llegó á ser, al aproximarse á la vejez, casi irreligioso; la desgracia produjo en él un efecto contrario, al que produce generalmente: le habia alejado del Señor, en lugar de aproximarle á él. ¿No seria quizás mas bien que la dicha, la gran facilidad con que lograba realizar planes poco morales, ó la proteccion directa concedida por el cielo á una existencia amenazada tan á menudo, que habia llegado á ser realmente providencial, lo que concluiria por alejarlo de Dios, y que lo atribuyese todo únicamente á la casualidad ó al destino?

Mas de una vez se encuentra en el diario del príncipe la expresion fiel de esos piadosos sentimientos, y nosotros los haremos notar al lector para que no pasen desapercibidos.

Quizás se creará que era pura hipocresía la manifestacion de tales sentimientos: se engaña mucho quien así crea: primero, porque á los 18 años muy pocas veces es uno hipócrita y además porque en aquella época de nada le hubiera servido la hipocresía religiosa: la religion no estaba de moda; mas bien lo estaba la impiedad.

En esa misma época fué cuando el duque de Chartres empezó como príncipe una série de viajes que debia continuar como desterrado.

De largo tiempo atrás, el duque de Orleans, su padre, estaba indispuerto con la corte, de la que vivia enteramente separado. Famoso cazador, para evitar que su caza se encontrase en la selva de Villers-Cotterets con la caza del rey, y cumpliendo con la etiqueta, tener que seguir la de éste en el bosque de Compiègne abandonando la suya, mandó cercar de un muro el parque de Villers-Cotterets, para encontrarse solo en sus tierras á su satisfaccion. Este muro le costó de tres á cuatro millones.



Con la reina era con quien estaba mas indispueto el duque de Orleans. Haciendo mérito de lo que él decia en ciertos momentos de despecho, la enemistad de la reina habia tenido por origen el no haber querido él corresponder á algunas dulces indicaciones que, añadia, habian logrado mejor éxito con el señor conde de Artois.

La enemistad de María Antonieta estalló al fin con motivo de la batalla de Ouessant.

El señor duque de Chartres montaba el *Saint-Esprit*. El fué uno de los primeros que empenó el combate; combate que duró mas de cuatro horas. Durante este tiempo, el jóven teniente general se mantuvo en su banco de cuarto, con su levita y chaleco bajo, y con su cordon azul en la bandolera, sobre su camisa, ofreciéndose así á todos los golpes, no solamente como soldado, sino como príncipe.

La noticia de la victoria llegó á la corte. La reina fué una de las primeras personas que la supieron, y al anunciarla á los suyos, les dijo: "Todos han cumplido con su deber, escepto el duque de Chartres, que por poco nos hace perder la batalla."

Ninguna razon tenia la reina para decir estas palabras: muy al contrario, la nota oficial del ministro de la marina á M. de Penthièvre se deshacia en justos elogios de duque de Chartres.

El odio de María Antonieta hizo un gran bien al duque de Orleans. La reina empezaba á perder su popularidad, y por consecuencia se acrecentaba la de su enemigo. El rey tuvo la debilidad de dividir con ella esta enemistad, con un hombre al que un mes antes escribia en estos términos:

"Versalles, 28 de Junio de 1778.

"He recibido, primo mio, la carta que me habeis escrito. M. de Sartines me ha mostrado todos los detalles de vuestra inspeccion. Muy contento estoy del modo con que os habeis conducido, y del buen ejemplo que habeis dado: no dudo de la buena voluntad que teneis para servirme, y me

será siempre satisfactorio vuestro servicio. Vais á tener la ocasion de ejercitaros, y estoy seguro que todo irá bien, contando con la voluntad que manifiesta la marina y con los ejemplos que vos la dais. Contad siempre, primo mio, con mi amistad.—Luis."

Así es, que en lugar de hacer la debida justicia al duque de Chartres, en vez de vengarle de las deshonrosas palabras de la reina con una recepcion digna de los servicios que habia prestado, Luis XVI consintió en que el *Te-Deum* que debia cantarse por el triunfo de Ouessant, se cantase con motivo del estado interesante de la reina.

Habiendo un dia hablado alguno al duque de Chartres sobre la salud del futuro delfin:

—El hijo de Coigny, respondió el duque, nunca será mi rey.

Es verdad que á su vuelta de Brest el príncipe fué vengado, con la ardiente acogida que le hicieron los parisienses, de la frialdad con que lo recibió la corte.

Entrando una noche en un paleo de la ópera, á la mitad de la representacion de *Ermelinda*, el autor, que estaba en escena, se interrumpió de pronto, entró á tomar una corona de entre bastidores, y volviendo á las tablas, la ofreció al príncipe, dirijiéndole estos versos de la pieza, que parecian compuestos para él:

Jóven guerrero, el triunfo se ha debido  
A tu sin par valor:  
Recibe este laurel que has merecido:  
Es premio al vencedor.

Este triunfo hubiera podido hacer olvidar al príncipe las calumnias de la reina, si no hubiese comprendido en un baile de máscaras de la ópera, que aquellas calumnias no estaban completamente desvanecidas, sino mal apagadas. Con-



templando delante de sí á un dominó que creyó fuera una mujer, y que no era sino un hombre, se detuvo delante de él y mirándole con aquella impudencia que autoriza la careta

—Yo te conozco,—le dijo.—

—¿Quién soy entonces?

—Una belleza pasada,—replicó el príncipe.

—Como vuestra gloria, monseñor, contestó el máscara, y soltando una ruidosa carcajada se perdió entre la multitud.

El duque de Chartres habia, pues, continuado viviendo en mala armonía con el rey: llegó el 20 de Setiembre, y Luis XVI presentó en persona al parlamento el edicto por el cual creaba el préstamo sucesivo y fijaba la convocatoria de los Estados generales para los 5 años. El duque de Chartres, que llegó á ser duque de Orleans á la muerte de su padre, asistía á esta sesion, y levantándose entonces le preguntó al rey: “¿Se deberá mirar la sesion de este dia como de real justicia, ó como una deliberacion libre?”

—Es una sesion real,—contestó Luis XVI.

—En ese caso,—replicó el duque de Orleans,—yo ruego á V. M. me permita que á sus piés y en el seno de la corte, deposite la declaracion que hago de que la contemplo como ilegal, y que seria necesario para descargo de las personas que debian deliberar aquí, el añadir, “que es por espreso mandato del rey.”

Este apóstrofe mereció al duque de Orleans un destierro á Villers-Cotterets, y fué causa de que el jóven duque de Chartres, que debió haber recibido el cordon azul á la edad de 14 años, como era costumbre entre los príncipes de la sangre, es decir, el 6 de Octubre de 1787, no lo recibiese hasta el 1º de Enero de 1789.

Madama de Genlis juzgó que debia aprovechar este destierro momentáneo del padre para hacer viajar á los hijos; y como ella es el solo historiador de los primeros años del futuro rey de Francia, hecho duque de Chartres el mismo

ia en que su padre llegó á ser duque de Orleans, de ella tomaremos los pormenores necesarios de los primeros viajes de los jóvenes príncipes.

El viaje empezó por Spa, donde se hallaba la señora duquesa de Orleans, que á causa de su mala salud, tomaba las aguas de la *Sauvinière*.

De Spa, los príncipes se volvieron á Francia, deteniéndose en Givet, donde el duque de Chartres pasó revista al 14º regimiento de dragones, de que era coronel propietario desde 1785; y desde Givet siguieron hasta Sillery. Esta tierra, erijida en marquesado, pertenecia al marido de madama de Genlis, quien recibió y festejó á los jóvenes príncipes durante muchos dias.

El marqués de Sillery fué hasta el último instante uno de los mas fieles adictos al duque de Orleans: aun mas que su amigo adicto, fué su espíritu maligno.

Tornaron los príncipes á Paris, y al año siguiente se pusieron en camino para visitar la Normandía, la Bretaña y la Turena.

Empezaron por la Normandía.

En Saint-Valery el jóven duque de Chartres fué padrino de un buque que se botaba por primera vez al agua.

De Saint-Valery ganaron el Havre, y del Havre llegaron al monte de San Miguel.

Desde el siglo XVI, el Monte de San Miguel era una prisión: el gran rey Luis XIV, renovando para un pobre gacetillero de Holanda el suplicio impuesto por Luis XI al famoso cardenal La Balue, habia hecho perecer á aquel desgraciado en una jaula.

Toda la diferencia consistia en que la jaula de Luis XI era de fierro, y la de Luis XIV de madera; en que La Balue vivió 11 años en ella y el gacetillero murió al cabo de los 18.

Añadamos aún, que Luis XI tenia algun derecho para obrar como lo hizo, porque estaba el cardenal en su reino; mientras que despreciando el derecho de gentes, Luis XIV



habia hecho sacar á su gacetillero de en medio de la Holanda.

Esta jaula de madera era la mas terrible tradicion del monte de San Miguel: se les mostraba á los viajeros, y se les contaba en voz baja la historia del gacetillero y del gran rey. Muy poco habia servido bajo el reinado de Luis XV; pero desde el advenimiento al trono de Luis XVI, se habia transformado en una especie de sala de correccion, donde se encerraba por 12, 24 ó 48 horas solamente á los prisioneros rebeldes. La humedad del calabozo, la oscuridad que reinaba en él, y mas que todo, la sombría tradicion del gacetillero holandés, volvían sumisos y razonables á los caracteres mas malos.

Los príncipes llegaron al monte de San Miguel hácia las once de la noche; mas como se les esperaba, la fortaleza estaba iluminada y resonaban las campanas del convento. No sabemos qué efecto haria la vista del monte de San Miguel en los ilustres viajeros: en cuanto á nosotros, que con la diferencia de la iluminacion y las campanas, le hemos visitado bajo iguales condiciones, á una hora semejante, muy pocas veces hemos visto llegar á un grado igual de grandeza la sombría y tenebrosa majestad que dá la noche á los objetos inmóviles.

En esa época, muy al contrario de hoy en dia, la fortaleza estaba vacía y el convento lleno. El prior y una docena de religiosos reemplazaban á la guarnicion, y recibieron á los príncipes al pié de mas de 400 escalones que conducen al convento.

La tierra vegetal falta completamente á esta roca, sobre la cual solo se ha podido levantar una prision. Algunos habitantes de la única calle que pomposamente nombran la Villa, cultivan pequeños jardines, que un invierno precoz despoja de su verdura al fin de Setiembre, y que una tardía primavera reverdece á duras penas hácia el 15 de Mayo.

Los religiosos tenian que traerlo todo de Pontorson, hasta

el mismo pan. No por eso dejaron de recibir con suntuosidad á los príncipes, á quienes esperaba una escelente cena. En medio de ella, madama de Genlis, instigada por las señas de sus educandos, se atrevió á tratar de la famosa cuestion de la jaula de fierro. Entonces el prior esplicó á la marquesa, que la jaula era tan de fierro como la renombrada máscara: esta era solo de terciopelo, y la jaula era ni mas ni menos que de madera: pero aunque de madera, continuó, no deja por eso de ser menos sólida, pues está formada de enormes travesaños que apenas dejan entre sus intervalos pequeños huecos de tres á cuatro dedos. Por lo demás, prosiguió el prior, la tal jaula que ha llegado á sernos cuasi inútil, le presta un odioso nombre al convento, y al fin he tomado la resolucion de destruirla.

Era esta una bella ocasion ofrecida á madama de Genlis para poder mostrar la filantrópica educacion que habia dado á sus discípulos: agarró al vuelo la proposicion del prior, y le invitó á que la destruccion de la jaula se hiciese con toda solemnidad.

La ceremonia se aplazó para el dia siguiente.

Llegado éste subieron con gran pompa hasta el calabozo. Madama de Genlis conducia á sus cuatro educandos, el prior á sus doce religiosos y los carceleros iban cuidando á sus cinco ó seis prisioneros, á los que, como por distraccion, se habia autorizado á concurrir á la fiesta. Iban ademas tres carpinteros, que debian concluir la obra comenzada por el duque de Chartres.

Fácil era poner en escena este pequeño drama, y todo se hacia interesante en este calabozo tan fangoso y sombrío: subieron primero algunos religiosos, llevando antorchas encendidas; despues el prior, el resto de la comunidad y las personas de la Villa que fueron invitadas.

Los prisioneros y carpinteros aguardaban ya.

Se rodeó al fin la famosa jaula; un carpintero se adelantó y presentó su hacha al jóven duque de Chartres; tomola éste y descargó el primer golpe, diciendo:



—En nombre de la humanidad, destruyo esta jaula.

Los carpinteros acabaron la obra.

¡Ay! ¡cuán cierto es que no hay en esta vida ningun acontecimiento, que por alegre que sea, no tenga su lado triste para alguno! Un hombre habia allí, que con las lágrimas en los ojos, miraba caer en pedazos la jaula famosa. El duque de Chartres percibió su tristeza, y le preguntó la razon de ella.

—Monseñor, respondió el buen hombre, soy el suizo de la abadía, y sacaba gran provecho de esta jaula, que mostraba á los viajeros, refiriéndoles la historia del pobre gaceti-llero holandés: destruida la jaula, yo me he arruinado.

—Es verdad, dijo el duque de Chartres; yo os debo una indemnizacion.—Hé aquí diez luses, amigo mio, y en adelante, en vez de mostrar la jaula á los viajeros, les enseñaréis el lugar en que estaba.

En 1830, el duque de Chartres, ya Luis Felipe I, recibió una diputacion de la villa de Avranches, que en la mitad de un discurso felicitándole por su exaltacion al trono, intercaló este recuerdo de 42 años atrás.

El rey contestó á sus felicitaciones con aquella facilidad que le era peculiar, añadiendo despues:

—Os agradezco el haberme recordado lo que he mirado siempre como una dichosa circunstancia de mi vida. Allí dí, en efecto, pruebas de mi amor á la libertad y de mi odio al despotismo, representado en aquella horrible roca. Tengo, añadió, un cuadro que representa aquella escena.

¡Ah, señor! ¿no hubiérais mirado como á un falso profeta, al que os hubiese dicho al fin de vuestro discurso:

—Rey popular, tú volverás á abrir ese convento, volverás á llenar sus calabozos, y el ruido de las quejas y gemidos que harás exhalar en ellos desde 1833 á 1848, absorberá para siempre el ruido del famoso hachazo de 1788?

Y sin embargo, señor, solo él os hubiera dicho la verdad en medio de los aduladores que os rodeaban.

#### CAPÍTULO IV.

**E**L duque de Chartres habia destruido la jaula de madera de Luis XIV.

El pueblo iba á destruir la jaula de piedra de Cárlos V.

La dignidad real se engañó un dia: en lugar de encerrar los cuerpos en la Bastilla, llegó á encerrar las ideas.

Las ideas, mal comprimidas y guardadas por murallas de cuarenta piés de espesor, hicieron reventar á la fortaleza.

El pueblo entró por la brecha.

Los que forzaron la Bastilla no fueron ni Thuriot, ni Mailard, ni Elie, ni Hullin.

Fueron Pélisson, Voltaire y Linguet.

El duque de Orleans habia tomado parte en todos los movimientos que habian preparado la gran jornada del 14 de Julio; y solo su situacion falsa le habia impedido señalar francamente su posicion.

Si los La Fayette y los Lameth estaban incómodos en sus fracs republicanos, con mayor razon lo estaria un Orleans, un Borbon, un príncipe de la sangre, un descendiente del hijo quinto de San Luis.

Así es, que este hombre, que en Ouessant habia espuesto su pecho desnudo, sin mas coraza que su cordon azul, á las balas de siete buques de guerra ingleses, se revistió de un fuerte peto para ir á reunirse con sus tercios en la igle-